



**HENRI
BERGSON**

**ATOMISMO,
FATALIDAD
Y POESÍA**

**ESTUDIO
SOBRE LUCRECIO**

Cactus
serie perenne

Como lo que más lo impresionó en la doctrina de los átomos es la fatalidad de las leyes naturales, el poeta fue asaltado, a pesar de la serenidad que simula, por una piedad dolorosa por esa humanidad que se agita sin resultado, que lucha sin provecho, y que es arrastrada a su pesar hacia el inmenso torbellino de las cosas por las leyes inflexibles de la naturaleza. ¿Por qué trabajar, por qué esforzarse? ¿Por qué luchar, por qué quejarse?

Y la piedad sincera, profunda, que manifiesta hacia la humanidad sufriente, hace que nos encariñemos con él, que lo amemos, al mismo tiempo que le da a su doctrina y a su poema una originalidad que tiene su precio.

Henri Bergson
ATOMISMO, FATALIDAD Y POESÍA
Presentación de Lucrecio

Bergson, Henri

Atomismo, fatalidad y poesía. Estudio sobre Lucrecio / Henri Bergson - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2022.

96 p.; 20 x 14 cm - (Perenne)

Traducción de: Pablo Ariel Ires.

ISBN 978-987-3831-71-3

1. Filosofía de la Naturaleza. 2. Ensayo Filosófico. 3. Filosofía Clásica. I. Ires, Pablo Ariel, trad.
II. Título.

CDD 179.1

Título original: *Extraits de Lucrèce. Avec un commentaire, des notes et une étude sur la poésie, la philosophie, la physique, le texte et la langue de Lucrèce* (1884)

Autor: Henri Bergson

© de esta edición 2022 Editorial Cactus

Traducción: Pablo Ires

Concepto de tapa: Érica Denmon

Impresión: Primera Clase Impresores

ISBN: 978-987-3831-71-3

IMPRESO EN ARGENTINA | PRINTED IN ARGENTINA

info@editorialcactus.com.ar

www.editorialcactus.com.ar

Índice

Advertencia para esta edición	7
-------------------------------------	---

PRESENTACIÓN DE LUCRECIO

Prólogo	9
I. La poesía de Lucrecio	13
II. Originalidad de Lucrecio como filósofo	25
III. La física de Lucrecio	41
IV. El texto de Lucrecio	49

INDICACIONES Y REFERENCIAS PARA LA LECTURA DEL *DE RERUM NATURA*

Libro I	65
Libro II	70
Libro III	77
Libro IV	81
Libro V	84
Libro VI	91

Advertencia para esta edición

Henri Bergson escribió los textos que se presentan en esta edición a los 25 años. Formaban parte de *Extraits de Lucrèce*, Librairie Ch. Delagrave, París, 1884. Esta publicación estaba destinada a estudiantes de retórica, con un énfasis particular en la traducción desde el latín. La primera parte del libro consistía en un estudio preliminar de Bergson sobre la poesía, la filosofía, la física, el texto y la lengua de Lucrecio. En la segunda parte, Bergson resumía el contenido de cada Libro del *De rerum natura*, lo comentaba, y presentaba para cada uno su selección de extractos en latín, acompañados por algunas notas.

La presente edición, en cambio, está destinada al público en general, a quien desee simplemente acercarse de un modo didáctico a la obra de un gran filósofo, guiado por otro gran filósofo. Por esa razón, de la primera parte de la edición original quitamos el quinto apartado, “La lengua de Lucrecio”, un estudio estricta-

mente técnico sobre las dificultades que presentan los arcaísmos y las abreviaturas que utiliza Lucrecio para traducir desde el latín. De la segunda parte, hemos sacado los fragmentos en latín que seleccionó Bergson y los sustituimos por la referencia de los versos seleccionados, con la intención de que pueda funcionar como una guía para la lectura del *De rerum natura*.

La traducción al castellano de los versos latinos que cita el autor se tomaron principalmente de Francisco Socas, en la edición del *De rerum natura* de Gredos, Madrid, 2003. En algunos casos optamos por la versión antigua de Leopoldo Eulogio Palacios, que aparece en la única edición en castellano de estos extractos anterior a la que presentamos, la versión de Emilio Oribe, Feria del libro, Palacio Salvo, Montevideo, 1937.

Queremos agradecerle a María Pía López, quien hace ya muchos, muchos años, nos habló de la existencia de este material ignoto.

I. La poesía de Lucrecio

Apenas conocemos la vida de Lucrecio (T. Lucretius Carus) por un pasaje muy discutido de San Jerónimo. El poeta nació probablemente en Italia¹ hacia el año 99 o 98 a. C. Pertenecía quizás a una familia ecuestre. Según San Jerónimo, un brebaje que le hicieron beber lo volvió loco. Compuso su poema en seis libros, *De rerum natura*, en los intervalos de sus accesos de delirio, y se mató hacia el año 55. Esta sombría historia tiene todo el aspecto de una novela. En los tiempos antiguos, a la imaginación popular le gustaba que los dioses castiguen así, en esta vida, al ateo que los había desafiado. Es más probable que Lucrecio haya vivido como filósofo, ignorado por el mundo, y poniendo en práctica la máxima de su maestro Epicuro: “oculta tu vida” (λάθε βιώσας).

¹ Esto parece resultar de los versos 1, 831: *nec NOSTRA diere lingua* y III, 260: *PATRII sermonis egestas*.

Conforme a otro precepto de Epicuro, parece que tuvo amigos. A uno de ellos, Memmius², le dedica su poema.

Sobre el carácter del poeta, sobre su persona y su manera de vivir, los autores antiguos no nos enseñan nada. Lo imitan y lo copian, como veremos, pero apenas hablan de él. Hay que suponer que después de la caída de la República, cuando la política de los emperadores puso nuevamente de moda el paganismo, Lucrecio, adversario de la religión, se volvió un amigo peligroso del que era prudente mantenerse alejado. Contentémonos entonces con conocer al poeta por su obra: parece lo suficientemente sincera como para que uno pueda interrogarla con total seguridad.

Lo que más impresiona en la obra de Lucrecio es una profunda melancolía. El Poema de la Naturaleza es triste y desalentador. ¿Para qué vivir? La vida es monótona; es un movimiento en el mismo lugar, un deseo siempre insatisfecho. Los placeres son tramposos, ninguna alegría existe sin mezcla, y de la fuente misma de los deleites se eleva una especie de amargura que nos sube por la garganta en medio de los perfumes y las flores. Por eso vean cómo llora el niño en su nacimiento; llena el aire con sus chilli-

² C. Memmius (¿Gemellus?), hijo de L. Memmius, parece haber sido algo completamente distinto de un filósofo. Sus costumbres pasaban por malas. En su vida política, hizo gala de una rara inconsistencia. Tras haber sido tribuno en 66 a. C., y prestamista en el año 58, hizo una oposición violenta a Cesar, luego se reconcilió con él, luego volvió a romper. Murió en Grecia, donde se había exiliado. Cicerón (*Brutus*, 70, 247) nos informa que Memmius era elocuente y estaba imbuido de las letras griegas, pero que alardeaba de un profundo desprecio por la literatura de su país. En Grecia, convertido en propietario del terreno desde el que todavía veían las ruinas de la casa de Epicuro, estuvo a punto de hacerlas desaparecer, de donde se deduce que su respeto por Epicuro y su doctrina era mediocre. Que efectivamente sea a Memmius, por otra parte, a quien Lucrecio dedica su poema, es lo que parecen mostrar los versos 26 y 27 del libro I, en los que Lucrecio hace de Venus la divinidad protectora de su amigo. La imagen de venus figura sobre las medallas de C. Memmius.

dos lúgubres, y es lógico: ¡le quedan tantos males que atravesar en la vida! Más tarde, siendo ya un hombre hecho, trabajará, se agitará, alcanzará mediante esfuerzos sobrehumanos la fortuna y los honores. Esfuerzo en vano: viviría más feliz y más tranquilo en los campos, su alma estaría menos inquieta, estaría más cerca de la naturaleza. ¿Entonces, qué? ¿La felicidad se ha refugiado en el campo? ¿Siquiera es feliz quien sin miedo y sin preocupación cultiva apaciblemente su tierra? Tras haber hecho que la espere-mos por un instante, el poeta nos quita esta última ilusión. Por desgracia, si la fortuna es pérfida, la tierra es avara. El agricultor gasta el hierro tanto como sus fuerzas, y la gleba no le devuelve siquiera lo necesario. El viñero plantó su vid, pero el sol la seca. Ambos suspiran y menean la cabeza tristemente. No ven que la tierra está cansada de producir, que todo aquí abajo envejece, se fatiga, se descompondrá un día. Es así que pasamos la mejor parte de nuestra vida persiguiendo honores vanos, o cultivando una tierra que se resiste a nuestra labor y se cansa de engendrar. Luego llega la vejez, y con ella, el miedo pueril a la muerte. El viejo se la representa y se aflige. ¡Ya no hay esperanza, ya no hay alegría! ¡Su familia ya no acudirá a su encuentro, su mujer y sus niños ya no vendrán a disputar sus besos! Y él no ve que la muerte es el final de todo, que si bien nos priva de las dulzuras de la vida, nos libera también de la necesidad que podemos tener de ellas y de las penas que siempre las acompañan. Así, todo es miseria aquí abajo, y nuestro mayor consuelo es pensar que todo terminará para nosotros con la vida. Es la convicción del sabio, es la conclusión de toda filosofía. El rol de la ciencia consiste en mostrarnos, en efecto, que apenas contamos en el universo, donde los dioses no se ocupan en absoluto de nosotros, donde somos lo que nos hizo una combinación fortuita de elementos, donde nos descompondremos como se descomponen los otros

cuerpos. Y el sabio, que conoce esta gran verdad y que se impregna de ella, espera tranquilamente una muerte en la cual sabe bien que desaparecerá por entero: posee así la ciencia suprema, al mismo tiempo que saborea las alegrías más dulces que le esté dado alcanzar al hombre.

¿De dónde viene esta melancolía? Intentemos captar su causa. Será penetrar bastante profundo en el alma del poeta.

Seguramente el espectáculo de las discordias civiles tuvo algo que ver en esto. Siendo todavía muy joven, Lucrecio asistió a las luchas sangrientas que engendró la rivalidad de Mario y Sila. Era solo un preludio de las agitaciones violentas en las que iba a zozobrar la República romana. El poeta pudo preverlas y sufrir cruelmente. Sus primeros versos son una plegaria a Venus: le implora que obtenga de Marte la pacificación, la concordia:

... *Suaves ex ore loquellas*
*Funde, petens placidam Romanis, incluta, pacem.*³

Por otra parte, mostrará la vanidad de la gloria y los honores. ¿Qué es el poder, qué es la riqueza, comparados con la filosofía y el reposo que da? Más adelante se las agarrará finalmente con el ambicioso, el intrigante: “Déjenlos sudar, sangrar, en el camino estrecho donde lucha su ambición; la envidia, como el rayo, azota preferentemente en las alturas”. Y uniendo el ejemplo con el precepto, Lucrecio se mantiene lejos de los asuntos públicos, a los cuales quizás estaba llamado por su nacimiento. Puesto que si bien nada prueba que el poeta haya pertenecido a la *gens Lucretia*, la familiaridad con la que trata a Memmius parece in-

³ “Extiende con la boca dulces palabras y pide, ¡oh, gloriosa!, para los romanos, la calma de la paz”.

dicar que la fortuna no había puesto una distancia muy grande entre los dos amigos.

Así, el espectáculo de las guerras civiles pudo haber dejado imágenes sombrías en el alma de Lucrecio. Pero apurémonos a decirlo, no hay que buscar ahí la causa primera de la melancolía de Lucrecio, ni la idea directriz del poema.

En primer lugar, si Lucrecio hubiera sido llevado a pensar y a escribir por ese desaliento que deja en el alma del hombre honesto el espectáculo de los desastres públicos, habría considerado a la ciencia como un último recurso y a la filosofía como un simple medio de consuelo. Con este espíritu, Cicerón, por ejemplo, emprendió la mayoría de sus tratados filosóficos, y el lector difícilmente se engañe al respecto. No hay nada semejante en Lucrecio. No lo hizo filósofo la aversión a la intriga, a la ambición; por el contrario, solo se pelea con la ambición y la intriga porque desvían a las almas de la verdadera filosofía. La ciencia no es un simple refugio, un consuelo en tiempos de miserias: es el objeto mismo de la vida humana. Y las discordias, las guerras, los desastres públicos, solo son males porque arrancan a la inteligencia de esas preocupaciones nobles que son las únicas dignas de ella. Retomemos uno por uno los pasajes que hemos citado; veremos que es siempre este el motivo oculto de Lucrecio. En el comienzo del primer libro, el poeta le pide a Venus la paz y la concordia, pero termina su invocación señalando el motivo de su súplica: “En medio de los males de la patria, el poeta no podría proseguir tranquilamente su trabajo, ni Memmius entregarse libremente a la filosofía”:

*Nam neque nos agere hoc patriai tempore iniquo
Possumus aequo animo nec Memmi clara propago
Talibus in rebus communi deesse saluti.*

En el comienzo del segundo libro, muestra piedad por el ambicioso, ávido de honores y de riquezas; pero será para resaltar mejor la felicidad del sabio, a quien la filosofía ubicó por encima de las competiciones humanas. Finalmente, y este es un rasgo a notar, si en el libro quinto vuelve sobre esta pintura del ambicioso, no es para censurar el mal que hace, sino para compadecerse por los males que se busca. Y añade: “Lo que digo aquí se aplica tanto al presente o al porvenir como al pasado”,

Nec magis id nunc est neque erit mox quam fuit ante

Ninguna indignación, ningún rasgo de ira, sino una piedad sincera para esos hombres que no ven dónde está la felicidad, que se hacen tanto daño a sí mismos sin saberlo. ¿Es acaso el lenguaje de un hombre que sufre profundamente por los males de la patria y que se lamenta por la ruina pública?

Por lo tanto, no hay que buscar la explicación de lo que piensa y de lo que siente en la historia de los acontecimientos a los cuales asistió, sino en la obra misma.

Lucrecio ama apasionadamente la naturaleza. Se encuentran en su poema las huellas de una observación paciente, minuciosa, en el campo, al borde del mar, sobre las montañas altas. Ahora bien, mientras observaba de este modo las cosas en lo que tienen de poético y de agradable, una gran verdad impactó en su espíritu y lo iluminó bruscamente: bajo esa naturaleza pintoresca y alegre, detrás de esos fenómenos infinitamente diversos y siempre cambiantes, algunas leyes fijas e inmutables trabajan de manera uniforme, invariable, y producen, cada una por su lado, efectos determinados. Nada de azar, ningún lugar para el capricho. Por doquier, fuerzas que se añaden o se compensan, causas y efectos que se encadenan mecánicamente. Un número indefinido de

elementos, siempre los mismos, existe desde la eternidad; las leyes de la naturaleza, leyes fatales, hacen que dichos elementos se combinen y se separen; y esas combinaciones, esas separaciones, están rigurosamente determinadas de una vez y para siempre. Nos percatamos de los fenómenos desde afuera, en lo que tienen de pintoresco; creemos que se suceden y se reemplazan a su antojo. Pero la reflexión, la ciencia, nos muestran que cada uno de ellos podía ser previsto matemáticamente, ya que es la consecuencia fatal de lo que estaba antes que él. Esta es la idea maestra del poema de Lucrecio. En ninguna parte se formula explícitamente, pero el poema entero no es más que su desarrollo. La naturaleza se comprometió, de una vez y para siempre, a aplicar invariablemente las mismas leyes; se comprometió por una especie de contrato, *foedus*, y este contrato es eterno:

... *Doceo dictis, quo quaeque creata*
*FOEDERE sint, in eo quam sit durare necessum*⁴

Resulta de esto que cada causa solo produce un efecto determinado,

... *Quid quaeque queant, per FOEDERA naturai,*
*Quid porro nequeant, sancitum quandoquidem exstat.*⁵

⁴ Libro V, v. 56. (“Y yo siguiéndole los pasos, al tiempo que sigo sus explicaciones y con mis palabras enseño según qué acuerdo cada cosa se ha formado, lo forzoso que es que en él se mantenga sin que alcance a quebrantar las poderosas leyes del tiempo”).

⁵ Libro I, v. 586. (“y comoquiera que ha quedado formalmente establecido qué es lo que según leyes de naturaleza puede cada ser y qué en cambio no puede...”).

que los mismos seres nacen y se desarrollan siempre en las mismas condiciones,

*Et quae consuerint gigni gignentur eadem
Conditione, et erunt, et crescent...*⁶

que las mismas razas, las mismas especies se conservan:

*Sed res quaeque suo ritu procedit, et omnes
FOEDERE naturae certo discrimina servant.*⁷

Porque la naturaleza contrajo compromisos de este modo, cada uno de los fenómenos puede ser previsto matemáticamente, cada uno de ellos está *determinado*. De allí el empleo frecuente de la palabra *certus* al final de un desarrollo. El objeto de Lucrecio no fue tanto explicar cómo actúa la naturaleza, sino mostrar hasta qué punto cada uno de sus actos estaba determinado y era fatal:

*certum ac dispositumst ubi quicquid crescat et insit.*⁸

Y un poco más adelante:

... CERTUM
*dispositumque videtur ubi esse et crescere possit...*⁹

⁶ Libro II, v. 300 (“y aquellas cosas que solían engendrarse seguirán, con las mismas limitaciones, engendrándose y siendo y creciendo en fuerza”).

⁷ Libro V, v. 920 (“... sino que cada cual sigue su propia norma y todos, en alianza firme con la naturaleza, mantienen sus diferencias”).

⁸ Libro III, v. 785 (“está claro y decidido dónde cada cosa crecerá y se asentará”).

⁹ Libro III, v. 792 (“puesto que tal cosa se sabe que es clara en nuestro cuerpo igualmente, y parece decidido dónde puede estar y crecer por separado el alma y el espíritu”).

Hay versos que vuelven varias veces con el correr del poema, a la manera de un estribillo. Son precisamente aquellos en los que Lucrecio expresa esta convicción:

... *Quid possit oriri,
Quid nequeat, finita potestas denique cuique
Quanam sit ratione atque alte terminus haerens.*¹⁰

Se podrían multiplicar los ejemplos¹¹.

Así, en cada página del poema y bajo mil aspectos diversos, volvemos a encontrar la misma idea, la de la fijeza de las leyes de la naturaleza. Esta idea, que obsesiona al poeta, lo entristece; explica su melancolía, melancolía de un tipo completamente nuevo, y que encuentra en sí misma, por así decirlo, con qué consolarse. Incapaz de ver en el universo otra cosa que fuerzas que se añaden o se compensan, persuadido de que todo lo que es resulta naturalmente, fatalmente, de lo que ha sido, Lucrecio se apiada de la especie humana. ¿Qué puede ella en medio de esas fuerzas ciegas que trabajan y trabajarán a su alrededor, a pesar de ella, siempre las mismas, durante la eternidad de los tiempos? ¿Vale para algo en este universo sin límites, donde nació por accidente, pobre combinación de átomos que la fatalidad de las leyes naturales ha reunido por un tiempo, y que las mismas fuerzas harán un día que desaparezca? Creemos que la materia está hecha para nosotros, como si no estuviéramos sometidos a las mismas leyes que ella. Creemos que unos dioses amigos o

¹⁰ Libro I, v. 75 (“de donde nos revela a la vuelta, ya vencedor, qué es lo que puede nacer y lo que no, según qué fundamento”); libro VI, v. 66 (“por desconocer ellos qué es lo que puede darse y lo que no, según qué fundamento”).

¹¹ Ver en particular II, 1040; I, 880; V, 55; etc.

celosos nos protegen o nos persiguen, como si fuerzas extrañas, caprichosas, pudieran intervenir en la naturaleza, como si las leyes implacables de la materia no nos arrastraran en la misma corriente que arrastra a las cosas. Esta es la fuente de la melancolía de Lucrecio y de la inmensa piedad con la que envuelve al género humano.

Pero según él, la humanidad debe extraer de esta misma fuente sus consuelos más dulces. Quien gime por su suerte no conoce la verdadera naturaleza de las cosas: se imagina que ha luchado, y llora por su derrota como un vencido. Si reflexionara, si supiera, si se elevara hasta las “regiones serenas” de la filosofía, comprendería que toda queja es inútil, y que incluso está fuera de lugar, ya que la naturaleza sigue invariablemente su curso sin preocuparse por nosotros. Así se explican los extraños consuelos que Lucrecio le destina al agricultor, por ejemplo, y que a primera vista deberían agravar la pena del pobre hombre: “El agricultor suspira y menea la cabeza; ¡y no ve que el universo camina poco a poco a su ruina!”. Sucede que, en la cabeza de Lucrecio, solo se lamenta quien pudo creer por un instante que la resistencia era posible. En otra parte, consolará de la misma manera al viejo que va a morir: “Por una ley eterna, la vejez debe cederle el lugar a la juventud; los seres se reproducen necesariamente a expensas de los otros seres”. Es que si el viejo se diera cuenta efectivamente de esta ley invariable y universal, se resignaría con naturalidad. Cuando la cantidad de materia que se consume ya no es igual a la que aportan los alimentos, el cuerpo tiene que extinguirse, es justo: *jure igitur pereunt*¹²... He aquí seguramente una concepción original de la naturaleza humana, basta con conocer plenamente su impotencia para consolarse.

¹² Libro II, v. 1142 (“Con razón, pues, perecen todas las cosas”).

Por eso Lucrecio cree que le brinda un servicio a la humanidad prosiguiendo con coraje la tarea emprendida. Le dedica sus noches:

*Sed tua me virtus tamen et sperata voluptas
Suavis amicitiae quemvis sufferre laborem
Suadet et inducit noctes vigilare serenas...*¹³

Poco le importan la dificultad del tema y la debilidad de la lengua latina:

*Nec me animi fallit Graiorum obscura reperta
Difficile inlustrare Latinis versibus esse...*¹⁴

Será recompensado por sus esfuerzos con la gloria:

*... Sed acri
Percussit thyrsos laudis spes magna meum cor...*¹⁵

Sucede que la tentativa es completamente nueva; hará que los romanos conozcan verdades hasta entonces ignoradas o incomprendidas:

¹³ Libro I, v. 140 y sigs. (“Pero tu valía, pese a todo, y el gusto que espero de tu grata amistad me anima a sobrellevar cualquier fatiga y me arrastra a pasar en vela noches despejadas”).

¹⁴ Libro I, v. 136 (“Y a mi comprensión no escapa que es difícil aclarar en versos latinos los oscuros hallazgos de los griegos, sobre todo cuando en muchos casos tenemos que manejarlos con palabras nuevas a causa de la pobreza de nuestra lengua y la novedad de los temas”).

¹⁵ Libro I, v. 922 (“... pero, con su tirso agudo, una gran esperanza de gloria ha golpeado mi corazón”).

*... Juvat integros accedere fontes
Atque haurire ; juvatque novos decerpere flores,
Insignemque meo capiti petere inde coronam
Unde prius nulli velarint tempora Musae.*¹⁶

Creemos que hemos sacado a la luz la idea esencial del poema de *la Naturaleza*. Pero quizás Lucrecio no le habría dado nunca una forma precisa a esta idea, seguramente no la habría desarrollado con tanta amplitud, si no hubiera conocido la filosofía griega, y en particular a Epicuro. Lo que vamos a intentar determinar es esta influencia de la literatura griega y del epicureísmo sobre Lucrecio: mostraremos así dónde está la originalidad del poeta.

¹⁶ Libro I, v. 927 y sigs. (“da gusto acercarse y beber en manantiales que nadie tocó y da gusto cortar flores frescas y hacerle una llamativa corona a mi cabeza con aquellas que las Musas nunca antes tomaron para cubrir las sienas de nadie”). Ver también IV, 966; I, 832; III, 261, etc.